Reflexiones sobre la violencia y el terror en América Latina

Héctor Béjar*

1. La violencia como fenómeno humano.

Violenta es aquella acción que está más allá de la razón, que impone a otros una situación que no aprueban y que, a veces, daña la condición humana de quienes la sufren. Frecuente, pero no necesariamente, la violencia es acompañada por el uso de la fuerza.

Hay muchas formas de violencia. La violencia social es aquella que permite vivir a una parte de la sociedad disfrutando de la riqueza material y de los avances de la ciencia y la técnica, mientras la otra perece o supervive en el abandono. Es también aquella que hace que unos, frecuentemente los más, trabajen en diversas formas para otros, frecuentemente los menos. Quienes tienen menos o nada tienen, deben dar a quienes tienen más, aquello que les falta. Esto, a todas luces, invierte el orden lógico por el cual, quienes tienen más deberían dar a quienes tienen menos, aquello que les hace falta para vivir humanamente.

La violencia cultural es la que trata de avasallar o cambiar la vida de unos pueblos, forzándolos a adoptar las formas de vida de otros pueblos, arrebatándoles su identidad y obstaculizando o avasallando sus formas de expresión. La violencia política es aquella que margina a las mayorías, de las decisiones que son adoptadas por las minorías sobre la vida de aquellas. Hay violencia étnica ejercida por los blancos o quienes creen serlo contra los negros, los asiáticos, los indios y los mestizos, o por cada uno de estos grupos etnoculturales contra quienes están en peor condición que ellos. Hay discriminación y violencia ejercida de los hombres contra las mujeres. Hay múltiples formas de violencia contra los niños y los ancianos. Hay también violencia contra los jóvenes. Hay violencia legal, amparada y monopolizada por el Estado, pero también hay violencia ilegal, desarrollada fuera de la ley y castigada por ésta, pero ejercida por quienes hacen las leyes o dicen defenderlas.

----
* Miembro del Consejo Directivo del CEDEP del Perú.
  Director de la Revista SOCIALISMO Y PARTICIPACION.
  Autor de los libros Las guerrillas de 1965 (Premio Latinoamericano de Ensayo 1969 en Casa de las Américas); y La Organización campesina, Ediciones CEDEP, 1986.

Hay violencia individual y colectiva, ejercida en distintas direcciones y sentidos, de los fuertes contra los débiles o de los débiles contra los fuertes, tanto como hay violencia entre los débiles y entre los fuertes.

Hay grados de violencia, que van desde la violencia encubierta hasta el abierto y sistemático genocidio.

Dos de los hechos más importantes de hoy generan también diversos grados y formas de violencia: la fabricación y tráfico mundial de armas cada vez más destructivas y el comercio mundial de drogas. Ambas actividades están entre las más lucrativas del mundo contemporáneo y ponen en peligro la existencia misma del hombre.

Así la violencia es multifacética y está omnipresente aunque no siempre la veamos. Nos acompaña y vive dentro de nosotros, como el impulso que, al exteriorizarse, mantiene el orden establecido; pero también origina cambios en la sociedad cuando es ejercida desde abajo. Está en la sociedad y en cada persona, como parte de nuestra compleja existencia humana, mezclándose y coesxistiendo con el amor por la paz y los impulsos constructivos.

2. La violencia latinoamericana.

Históricamente, la violencia latinoamericana tiene ciertas peculiaridades. Estuvo imbricada en el choque inicial, y aún no resuelto, entre los pueblos indígenas y los conquistadores europeos. Partió del mismo origen latinoamericano, del encuentro o choque entre América y Europa, y permanece latente, y tan vigente como lo es hoy nuestro pasado, que coexiste con nuestro presente. Nuestros antepasados indígenas hacían que las momias de sus antecesores participasen en sus festividades, borrando así las fronteras cronológicas entre pasado y presente que, para ellos, no siempre existieron. Pero hoy nuestro propio pasado no está momificado. Nosotros estamos bajo la influencia de nuestro pasado, que vive con y dentro de nosotros. No se trata, en este caso, de una pacífica coexistencia, sino de un conflicto. Nuestro pasado es algo que quisiéramos olvidar o destruir o que, a veces, nos llama a la culpa y el remordimiento; pero casi nunca nos deja indiferentes, porque no acabamos de asumirlo. La violencia latinoamericana parte de ese problema histórico que no hemos

podido solucionar ni en nuestras sociedades ni en nuestras conciencias.

Hoy, determinadas formas de violencia interpelan y estremecen nuestras conciencias, pero no nos damos cuenta de que ella forma parte tan consustancial a nuestra vida cotidiana, que frecuentemente no la notamos. Los latinoamericanos nos hemos acostumbrado a la violencia en sus diversas formas. Sólo los "excesos" de aquello que vemos todos los días nos estremecen. ¿Somos entonces sinceros con nosotros mismos o, en realidad, rechazamos ciertas formas de violencia porque nos molestan y nos impiden vivir como lo hacíamos antes, ignorando aquello que nos ha rodeado siempre?
Al decir que la violencia es estructural en America Latina, estamos haciendo con ello varias afirmaciones: decimos que está en la base de nuestras sociedades y que las atraviesa en todos sus ámbitos y manifestaciones; que es antigua; que coexiste con nosotros como un personaje presente en nuestras sociedades. Pero también admitimos que vive dentro de nosotros.

Por ser estructural y antigua, una parte de la violencia, aquella que se ejerce desde el poder, está institucionalizada. Institucionalizar significa no sólo aceptar una situación o acción de manera genérica, sino organizarse para ella o permitir que otros lo hagan. Así ha surgido el poder en América Latina, con sus múltiples tentáculos. La violencia del poder es antigua en América Latina, viene desde antes de la conquista pero, a partir de ella, se convirtió en una violencia integral: económica, física, cultural, política, dirigida sobre todo contra los herederos de los pueblos conquistados.

La violencia del poder es una forma de mantener la estabilidad de un sistema social injusto (hay otras formas encubiertas: la alienación cultural y política, por ejemplo, que se hacen sin violencia pero con igual o mayor eficacia). Es una forma de mantener la dominación. Si no hubiese dominación, no habría violencia del poder.

Así como la dominación es la causa de la violencia, la violencia institucionalizada es la causa última de la violencia de los dominados. Esta es una respuesta contra aquella.

Por lo general, la violencia de los dominados es una respuesta tardía, minoritaria y desordenada contra la violencia de los opresores. La violencia de los dominados tiene también una larga historia. Las guerras defensivas de los pueblos conquistados, las sublevaciones de los pueblos indígenas y de los esclavos, las sublevaciones de los inmigrantes asiáticos contratados con engañ

nos y luego convertidos en semiesclavos, las guerrillas rurales, casi todas derrotadas sangrientamente, son parte de esa historia, que sigue una evolución constante a lo largo de los siglos XIX y XX. Recién hoy empezamos a descubrir que esa historia existe, puesto que la silenciamos durante casi dos siglos de repúblicas independientes. Nuestras clases dominantes escribieron la historia que les satisfacía y fabricaron el pasado que les convenía. Hoy nos cuesta descubrir nuestras raíces verdaderas y quizá no lo consigamos nunca. Somos hijos de padres despreciados e ignorados por nosotros mismos y no sabemos cómo superar este trauma.

En realidad, si se examina la marcha latinoamericana en el largo plazo histórico, se concluye que las acciones de justicia social y las reformas experimentadas en su sistema social y político, han sido logradas sólo después de una larga y penosa acumulación de violencia.
Los impulsos de cambio han tropezado casi siempre con la resistencia del poder. Nuestros ideólogos y líderes revolucionarios no han podido lograr sus objetivos finales o han tenido que tornarse en reformistas o idealistas inofensivos para ser aceptados por el sistema. Nuestras utopías han quedado en eso, no han podido transformarse en realidades, en parte porque también han sido obra de minorías bien intencionadas, sin mayor vinculación con las mayorías que no tienen tiempo para la utopía porque deben luchar por supervivir.

Cuando nuestros líderes revolucionarios han respetado los derechos humanos de los demás, cuando han pretendido sujetarse a las normas civilizadas, han sido aniquilados o difamados por los grupos dominantes. Su esfuerzo no ha sido vano, han logrado cambios importantes, pero no todos los cambios, ni con la profundidad necesaria.

Por ello, y aún a pesar de las reformas sociales desarrolladas en algunos países del subcontinente, América Latina no ha podido resolver sus problemas ancestrales: la injusta distribución de la tierra, de los ingresos; la existencia de pueblos oprimidos y no reivindicados; la limitación educativa; la concentración del poder; la artificialidad e inestabilidad de la democracia, la dependencia externa, las diversas formas de discriminación, son problemas que se mantienen y agravan a medida que el tiempo pasa y crecen sus poblaciones.

La violencia hoy

El mantenimiento de los problemas estructurales no resueltos está

causando el deterioro de las sociedades y este último, la degradación de la propia violencia, que asume caracteres inimaginables hace una década. De uno y otro lado, surgen así nuevas manifestaciones de violencia.

América Latina está dominada por el imperio económico de las multinacionales, que actúa sobre todo a través del estado norteamericano, y que trata de mantenerla dentro de los marcos de un capitalismo dependiente y tributario. El imperio subordina a sus amigos y busca destruir o neutralizar a quienes juzga que son sus enemigos, mediante diversos métodos, que van desde una penetración y alienación sistemática hasta las guerras de baja intensidad en centroamérica y las guerras antisubversivas en Sudamérica.

a) La violencia del poder.

Así, en el campo de la violencia del poder se producen: masacres sistemáticas de pueblos indígenas, como en Guatemala y el Perú, realizadas por los ejércitos nacionales; tortura institucionalizada en casi todos los países; ejecución sistemática de líderes políticos y populares, como en Colombia; organización de grupos paramilitares o parapoliciales, como en El Salvador, Guatemala, Colombia, Brasil y Perú. Las democracias políticas son estructuralmente débiles e inestables y están constantemente amenazadas.

b) La violencia de los dominados.

En el campo de la violencia de los dominados tenemos hoy guerras irregulares en El Salvador y Guatemala, conducidas por frentes políticos que luchan por específicos programas de cambio. Pero en Colombia y el Perú estos mismos fenómenos ofrecen un confuso panorama en que la lucha revolucionaria incluye sabotaje contra los bienes de la nación; secuestros de móvil político o económico; ejecución de líderes populares; acciones de represalia contra las comunidades campesinas que se identifican con las fuerzas represivas, o que intentan mantener una situación de neutralidad; ejecución de los propios militantes o dirigentes de los movimientos revolucionarios por parte de sus compañeros; actos de terrorismo.

Los movimientos revolucionarios armados de la década del 60 aparecieron plenos de romanticismo e idealismo. Trataron de hacer lo que podríamos llamar una guerra "buena", en que la violencia tiene ciertos límites y se ajusta a ciertos principios inspirados

en los derechos humanos del adversario. Chocaron con realidades desconocidas, cometieron errores que hoy nos parecen casi disparatados, y fracasaron. Pero dejaron el campo a otro tipo de violencia, menos escrupulosa, más agresiva, más sangrienta.

Particularmente, el terrorismo subversivo y de Estado implica el ingreso a una nueva etapa en la violencia latinoamericana. Por parte de los estados significa una advertencia a toda la población para que no se una a los revolucionarios alzándose, como ellos, contra el orden establecido o responde a la intención desesperada de controlar ámbitos sociales o geográficos que están fuera del alcance del poder central, porque siempre estuvieron abandonados por él. Por parte de los dominados, el terrorismo latinoamericano de hoy es un método de lucha, una sucesión de acciones que responden a una estrategia cuyo fin último es la toma del poder y el dominio de los revolucionarios sobre toda la sociedad.

El típico terrorismo que hemos conocido antes en la historia del mundo está compuesto de actos de motivación deliberada y objetivo indiscriminado. Hago estallar una bomba en un restaurante. Mi objetivo es llamar la atención de los indiferentes sobre mi causa. No sé quiénes ni cuántos morirán. Para lograr culminar mi acto, he sufrido una transformación. He superado el puro impulso emocional y he usado la razón para planear fríamente mis actos. He debido abstraer mi propia acción de toda valoración sobre su calidad buena o mala, pero también he debido abstraer las personalidades de mis víctimas ocasionales hasta convertirlas en seres vacíos de identidad, o con una identidad colectiva y homogénea que repudio. No los conozco, no sé quiénes son, no tienen rostro para mí. Aún más, he debido distanciarme de ellos u odiarlos como grupo. Si soy argelino, ellos son los franceses. Si soy un paria, ellos son los burgueses. Si tengo origen indio, ellos son los blancos. Si combato en un ejército revolucionario, ellos son los esbirros. Mi violencia es un arma que carece de objetivo individualizado y trata de hacer el mayor daño posible a un objetivo colectivo que aborrezco.

Esta abstracción de las víctimas es tanto más posible cuanto más lejanos y ajenos son unos grupos humanos de los otros. Y en América Latina no sólo existen grandes distancias geográficas entre poblaciones aisladas unas de otras, sino grandes distancias psicológicas, étnicas, económicas, sociales, entre ricos y pobres, blancos y cobrizos, costeños y serranos. La riqueza y la pobreza tienen color. El terror es entonces posible por parte de los de arriba y también por parte de los de abajo.

Entonces es posible que un grupo de soldados mestizos aniquile a una población indígena, porque así libera su odio étnico,

sabiendo que su acción será ignorada, encubierta o justificada por el conjunto de la sociedad a la que es indiferente la suerte de los indígenas. O que los miembros de una comunidad indígena maten a un grupo de extranjeros porque ven en ellos parte de la imagen de la dominación que los ha oprimido por siglos. El temor a matar al que se odia ha desaparecido.

Pero lo que llamamos terrorismo hoy en América Latina es en realidad un conjunto de métodos: secuestros, ejecución de adversarios políticos, personajes de la represión, confidentes del enemigo, adversarios en la propia organización, personas que se niegan a seguir directivas, personajes a quienes se atribuye corrupción; sabotaje de instalaciones eléctricas o servicios públicos; asaltos contra bancos; amedrentamiento de la población.

REFLEXIONES.

Conviene al respecto reflexionar sobre los siguientes puntos:

a) El terrorismo y las formas sucias de la guerra son posibles en sociedades donde se rompe temporalmente el control social de los valores humanos como en el caso de una guerra convencional entre naciones. La guerra se declara y el asesinato individual o colectivo está permitido por los contendientes; por cada lado, cada quien aplaude el exterminio y recibe honores y méritos por ello. Sólo son criminales los perdedores. Todo se hace de acuerdo a las reglas establecidas internacionalmente. La guerra acaba y los asesinos que sobreviven retornan a sus hogares. Si el horror no ha transtornado sus sentidos, volverán a ser ciudadanos normales, pacíficos, respetuosos de la ley. La guerra ha tenido un comienzo y un punto final.

Pero la guerra sucia también es posible allí donde estos valores sólo existen débilmente, como en el caso latinoamericano. En las sociedades industrializadas, las clases dirigentes han expandido un sistema de valores a toda la sociedad. Hoy esos valores y las mismas sociedades contemporáneas, llamadas civilizadas, están en crisis. Los ecos de esa crisis de la civilización occidental también causan estragos en Latinoamérica. Tradicionalmente en América Latina, la ética no ha sido el lado fuerte de nuestras clases altas, puesto que en vez de ella hemos tenido una retórica vacía de contenido, una suma de coartadas que encubren una dominación interna amparada finalmente por las argucias del escamoteo o por la fuerza. Tampoco hemos tenido élites ni clases dirigentes en el sentido estricto del término. Al carecer de élites, nuestras sociedades carecen de modelos en qué mirarse, de puntos de referencia para su comportamiento, ejemplos por los cuales guiarse. Nuestros Estados y gobiernos no se apoyan, sino

retóricamente, en conjuntos de valores que, en realidad, ni aceptan ni comparten. Nuestros gobiernos no expanden los valores sino la hipocresía. Lo racional-ético queda debilitado y es sustituido por un juego de intereses en que cada grupo pugna por imponerse a los demás.

En tales condiciones, la guerra interna no estalla como la convencional, no tiene un comienzo definido en el tiempo. El débil autocontrol personal o de grupo, que es un reflejo de la precaria influencia social sobre el individuo en este aspecto moral, desaparece rápidamente. Los valores son dejados de lado y sólo quedan los intereses, los prejuicios, los odios. Los asesinos de ambos bandos disfrutan entonces de las mismas ventajas de impunidad que ofrece una guerra declarada formalmente, aunque la declaratoria formal no se ha producido, pero la guerra no termina nunca. La guerra es también hipócrita: es negada o ignorada, pero existe. No hay límites ni fronteras, en el espacio ni en el tiempo, entre la guerra y la paz. La guerra y el asesinato son también informales, pero verdaderos. La guerra "limpia" ha desaparecido, si alguna vez existió. Sólo queda la suciedad característica de toda guerra, sin comienzo ni final, sin localización ni fronteras. Descubrimos entonces que la guerra siempre es sucia, porque parte de la aceptación del asesinato como un acto plausible y necesario.

b) No siempre el terror es acción a la que recurren los más pobres, sino la metodología de los menos pobres. El terror permite a quienes lo ejercen, lograr el doble objetivo de enfrentarse a los más ricos y dominar a los más pobres, obligándolos a hacer o no hacer aquello de que no pueden convencerlos mediante la persuasión. El que apenas puede vivir aprecia la vida, porque le cuesta y se aferra a ella. Frecuentemente, la extrema miseria es acompañada por la extrema postración. No hay en el miserable conocimientos para comprender las raíces de la propia situación, no hay fuerzas para combatir, no hay movilidad para conocer que el mundo tiene realidades y alternativas diferentes a la situación vivida. Por el contrario, la violencia es también una forma de riqueza: pertenece a quienes pueden ejercerla y a quienes pueden ofrendar la propia vida porque la disfrutan sin darse cuenta de lo que vale. El terrorismo individual fue el último recurso político de los aristócratas disidentes del siglo XIX, que luchaban contra el despotismo europeo, que cambiaban su vida por la vida del adversario. En América Latina, las primeras acciones terroristas surgieron en los años 70, no entre los campesinos de los Andes ni entre los míseros pobladores de las villas miseria, sino entre los revolucionarios de las clases medias urbanas de los países relativamente más ricos e industrializados: Brasil, Argentina,

Uruguay.

c) El terrorismo implica un cambio en la actitud espiritual frente a la muerte y una devaluación de la vida en la mentalidad de quien lo ejerce. Esta devaluación se refiere en primer lugar a la propia vida: ubico mi idea por delante de mí mismo, mi idea me trasciende, es más longeva que mi propia existencia, luego puedo perder esta última. Doy, en un acto de sublimidad casi religiosa, más importancia a la idea que a mi cuerpo y que a los míos. Yo moriré pero la idea prevalecerá. Quiero que mi utopía se haga realidad al tiempo de mi triunfo, no acepto que ella pueda estar siempre lejana, me niego a que ella sea en realidad una búsqueda permanentemente inacabada.

Pero poco a poco, también se refiere a la vida de los adversarios, de la población civil no comprometida y la vida de los compañeros de lucha. Hay en esto una escala descendente, que puede llevar, insensiblemente, de la heroicidad al crimen. Si yo mismo no soy importante ¿por qué habrían de serlo los demás? La causa prevalecerá, porque cumple la ruta de las leyes históricas hacia la victoria, los adversarios de la causa pueden morir. Su muerte puede ser lamentable, pero es inevitable y, en todo caso, justificable. Los menos pueden morir para que vivan los más. En todo caso, hay en esto también un acto de justicia, puesto que hasta ahora los más murieron para que vivan los menos.

Hemos dicho que el terrorista, como el revolucionario, empiezan devaluando la vida del adversario, luego devalúan su propia vida. El terrorista devalúa también la vida de sus propios compañeros, si ello permite conseguir los objetivos deseados. Un compañero puede morir si está equivocado, porque ello significa que dejó de ser compañero. Pero puede morir también si ello sirve a la causa, así esté en la verdad. El compañero de lucha es así convertido en instrumento de lucha. Cuando Sendero Luminoso dio la orden a sus militantes que estaban en prisión de resistir hasta la muerte el asedio de fuerzas muchas veces superiores en potencia de fuego, sus comandantes sabían que esos militantes podían ser asesinados colectivamente. No obstante, se dio la consigna de "culminar el gran salto con sello de oro", lo que significaba una muerte colectiva que los convertiría en mártires cuya sangre regaría el florecimiento de la causa.

Seamos justos, no es ésta una peculiaridad de los revolucionarios, sino un germen implícito en toda violencia política, revolucionaria o contrarrevolucionaria, que se desarrolla a medida que ella se expande. Algunos teóricos de la guerra antisubversiva opinan que, visto que los guerilleros son difícilmente identificables, se debe eliminar también a los

sospechosos y, de hecho, esta estrategia se está aplicando en algunos países de América Latina. Así, no importa matar un número crecido de sospechosos, puesto que entre ellos morirán siempre algunos guerrilleros. Por otra parte, el mundo se ha hecho muchas veces la pregunta de si algunos hombres de estado que llenan las páginas de la historia escrita, no son también, al mismo tiempo, grandes criminales. ¿Quién fue más criminal: Hitler, que envió a la muerte a cientos de miles de judíos para hacer triunfar a la raza aria, o Truman, que ordenó la explosión de las bombas ató micas sobre Hiroshima y Nagasaki para terminar rápidamente una guerra?

d) Hay un componente místico, entendiendo por mística, no la comunicación con la divinidad, sino la actitud por la cual, la comprensión de la realidad es intermediada por la fe en la causa y ésta se expresa a través del lenguaje que recoge y cristaliza el dogma. Entonces la conducta no se define por el método inductivo, a partir de los hechos cotidianos, sino se deduce de las definiciones y caracterizaciones, de los prejuicios. Entonces se puede matar y morir por las palabras.

e) No hay fronteras claras entre las diversas formas de violencia y tampoco las hay entre el terrorismo y otras formas de lucha política. Se deviene fácilmente en el terrorismo, mediante una evolución en el tiempo, o mediante la aplicación simultánea de este método como elemento complementario de la lucha política, la lucha armada guerrillera o la guerra revolucionaria, para el amedrentamiento contra los adversarios.

Esta mutación se produce como consecuencia de una dinámica perversa cuando, imperceptiblemente, se llega a la conclusión de que el fin justifica los medios. Pero también surge como consecuencia del deterioro personal. Aparentemente, el terrorismo es una forma de lucha política. Pero en realidad es una forma de expresar complejos psicológicos personales, frustraciones y resentimientos que tienen un origen social, pero que no se explican sólo por dicho origen, sino por heridas propias, por circunstancias y características individuales, por intensos impulsos emocionales que encuentran en la política su refugio y una forma de realización personal. A veces, el revolucionario logra superar este conflicto emocional, sublimarlo y hace un esfuerzo de comprensión que le permite percibir y analizar la racionalidad de los fenómenos sociales que le son externos. Es entonces un revolucionario que combate en el campo de la política y puede mantener sus calidades humanas incluso en el campo de la lucha armada. Por su lado, el terrorista da forma a este estigma, lo convierte en razón y lo conserva como el motor que lo guía a la acción. El resentimiento, la protesta,

reprimidos y autosilenciados largamente, se visten, en este último caso, de ideología. Luego, se mata o se muere por la ideología, aparentemente, pero en realidad se está matando o muriendo en el vértigo de un trauma personal.

f) Ideológicamente, precede al terrorismo el fin del altruismo, no se admite que otro pueda tener la verdad, ni siquiera parte de ella. La verdad adquiere el caracter de ente externo indiscutido, inmune al examen de la razón crítica, al que uno debe entregarse sin vacilaciones. La verdad reside también en la propia acción porque se supone que la propia acción es una consecuencia de ella; por tanto, es exclusiva y excluyente, no está en los demás, excepto si ellos adhieren a la verdad con igual decisión.

Por ello es frecuente que las acciones de liquidación física o de venganza, desarrolladas en el curso de una estrategia terrorista, se dirijan también contra los hermanos de lucha política, o contra las tendencias que se reconocen en un origen común. Ya Bertrand Russell recordaba que, entre los revolucionarios, es mayor el odio a los hermanos que el odio al adversario. Los conceptos de discrepante y enemigo se superponen. Esta puede ser la razón por la cual los stalinistas combatieron duramente a los socialdemócratas, los apristas a los comunistas y éstos a a'quéllos; puede ser una de las razones que explican los ajustes sangrientos de cuentas que se han producido entre los guerrilleros colombianos, salvadoreños, argentinos y peruanos y la razón por la cual entre las víctimas de Sendero Luminoso se encuentran militantes de Izquierda Unida.

g) Entre el terror revolucionario subversivo y el terror blanco existen fuertes lazos de comunicación. Ambos fenómenos se explican y alimentan mutuamente. Las fuerzas represivas más sanguinarias necesitan del terrorismo revolucionario para desalojar del poder a quienes consideran blandos y moderados. Los revolucionarios practican el terrorismo como una forma de develar o desenmascarar a los regímenes que consideran violentos en su esencia y suaves en su forma, como una manera de demostrar que ello es así ante el conjunto de la sociedad. Ambos contendientes precisan de los demás, de aquellos que no participan en la guerra, una definición. No pueden permitir que los demás sigan viviendo como antes y hacen todo lo posible para evitarlo o impedirlo. Todos estos actos persiguen violentar a los indiferentes o a quienes se niegan a servir a la lógica de la guerra.

PALABRAS FINALES.

Frecuentemente decimos que la expansión del terror y de la que llamamos guerra sucia interpelan nuestras conciencias y nos sobrecogen. Nos preguntamos qué ha pasado para que todo esto suceda. Pero no siempre estamos dispuestos a aceptar que ese horror lo hemos creado nosotros, en cuanto sociedades humanas. Es parte del rostro de la realidad que hemos construido y habita aquello que hemos dejado de construir. No pretende esta observación ser autoinculpatoria, sino que persigue disminuir la ilusión que hemos tenido en nosotros mismos y despejar la que, desde nuestro punto de vista, es la falsa creencia en que dichos actos son totalmente nuevos e inéditos. No somos tan buenos, ni en las clases altas ni en las bajas, como para que lo que hoy nos horroriza no sea posible. Y el horror que vivimos tiene sus raíces, ha tenido su gestación. Nuestra falla, en todo caso, está en no haberlo visto a tiempo.

Pero la esperanza siempre es posible. Si no somos tan buenos, tampoco somos tan malos. Cabe la hipótesis de que, si los valores fueran difundidos con el ejemplo desde el poder, si las estructuras cambiasen, el horror tendería a desaparecer. Naturalmente, podemos pensar que ello está muy lejano de nuestras fuerzas y que el horror seguirá hasta envolvernos y derrotarnos finalmente. Pero hay un elemento importante para pensar que la ilusión puede transformarse en realidad. No olvidemos que el terror es siempre obra de minorías solitarias y que se expande sólo en la medida que las mayorías lo permiten. Frecuentemente, las minorías fanatizadas derrotan a las mayorías inermes y las obligan a seguir su ciega dinámica. La mayoría prefiere la tranquilidad, la paz y la construcción, aunque se den en condiciones extremadamente difíciles. Si esto es así, basta que las mayorías despierten de su inercia para que la historia cambie, y una construcción diferente pueda ser posible. Pero eso requiere la serena decisión de despertar a las mayorías.

Poderosas razones, por lo menos en el Perú, nos llevan a optar claramente por la paz. Para nosotros, sin embargo, esta paz no debiera ser acomodaticia, sino una inquieta paz de búsqueda permanente, de compromiso con los más débiles, de alianza con los más honestos y de lucha permanente contra quienes concentran la riqueza y el poder para avasallar a los demás.

Lima, enero 1989

###